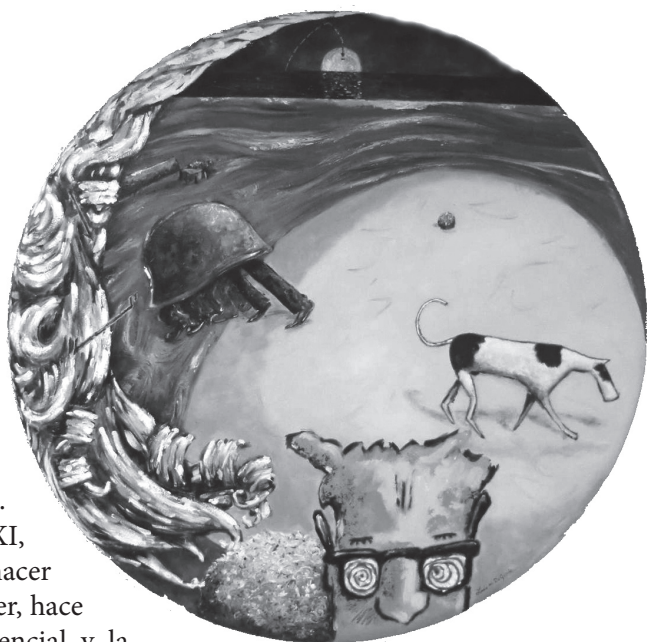


Un comentario a propósito de mi obra plástica

Vygotski (2006) afirma que: “El arte es la técnica social de la emoción, una herramienta de la sociedad que lleva los aspectos más íntimos y personales de nuestro ser al círculo de la vida social” (p. 304). El artista del siglo XXI, en ese ejercicio de hacer público el interior del ser, hace evidente el vacío existencial y la falta de compromiso social.

El arte de nuestros días, como reflejo y producto de su entorno social y económico, frecuentemente carece de profundidad de contenido. En muchos casos, es una expresión banal, cursi, decorativa, agotada en ideas, vacía de significado y, más aun, sin trascendencia social. La actividad artística, respondiendo a satisfacer los mercados de consumo, ha regresado a niveles puramente técnicos y artesanales, como si no hubiese una tradición fuerte del hacer abstracto y figurativo fundamentada en la historia del arte o si pudiéramos dar la espalda a una sociedad que espera que cada componente intelectual asuma su responsabilidad de ayudar a entender y mejorar nuestra realidad.

En mi obra, pretendo presentar preocupaciones de índole social, apoyado en la historia del arte, que me perturban o me entusiasman lo suficiente como para reflejarlos en ella. La obra, dentro de un lenguaje plástico, hace afirmaciones con valor educativo en tanto su



lectura provoca la reflexión sobre la cuestión social cotidiana. A fin de cuentas, las obras de arte son construcciones personales enraizadas en un contexto social particular (Dewey, 2008).

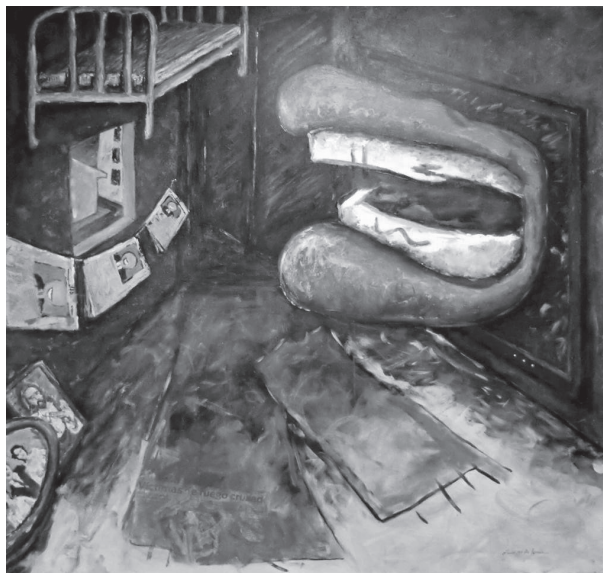
Mi madre era maestra de primer grado, y para aquel entonces, todos los materiales para la enseñanza que se colocaban en el salón de clases eran creados a mano por los maestros o algún familiar con cierta habilidad. Yo fui, para mi madre, ese familiar habilidoso. Estimo que esa experiencia, junto a una crianza cristiana, contribuyeron a crear en mí la preocupación educativa/social.

Las pinturas que aquí se presentan comenzaron con unas obras de tamaño pequeño (28 x 22 pulgadas) en 2003, que titulé “retratos”. Algunos representaban una figura humana incomprensible, que reflejaban un intento de entender quién es el ser humano según se desprende de la historia. Otras obras de la misma serie, también llamadas “retratos”, eran una especie de foto instantánea de una escena con la misma



Arriba: *Paisaje con llave*, 2011. Acrílico sobre lienzo, 40" x 60".
Página anterior: *Absalom*, 2010. Acrílico sobre lienzo, 40" de diámetro.

preocupación. Ambas, igualmente nebulosas en su forma, reflejaban, para mí, enigma e incomprensión ante el tema. Ocho años después, y luego de muchas lecturas y pinturas¹, como pasos intermedios, se presenta la misma preocupación: el ser humano y la historia de cada día.



El cuarto, 2011. Acrílico sobre lienzo, 48" x 48".

se abren paso “los aspectos más íntimos y personales de nuestro ser” ajenos a nuestra comprensión racional. De ahí que, aunque parezca paradójico, cuando el espectador ve la obra y la comenta, nos ayuda a comprenderla. Esta nueva propuesta —ensayos plásticos de múltiples lecturas— refleja una opinión más punzante y definida sobre el ser humano: su carácter y existencia.

Luis M. De Jesús

Trujillo Alto

12 de octubre de 2012

Referencias

Dewey, J. (2008). *El arte como experiencia*. Barcelona: Paidós.

Vygotski, L. (2006). *Psicología del arte*. Barcelona: Paidós.

1 Deseo agradecer a los artistas, colegas de la Facultad de Educación y amigos, Edwin Maurás, Roy Kavetsky y Andrés Batista, quienes han sido mis mentores durante este tiempo.